

01 Alegría, Ciro: *El mundo es ancho y ajeno* (1941)

Alegría, Ciro

(Huamachuco, Perú, 1909- Lima 1967) novelista, cuentista y político peruano. Perteneció en un primer momento al partido APRA, del que se separó antes de salir elegido diputado en 1957, tras dieciséis años de exilio por varios países de América. En su obra narrativa destacan las novelas *La serpiente de oro* (1935), *Los perros hambrientos* (1938) y *El mundo es ancho y ajeno* (1941), y el libro de cuentos *Duelo de caballeros* (1963). El texto elegido pertenece a su obra maestra, *El mundo es ancho y ajeno*. Es una novela río, en la que trata de ver entre otras cosas el papel que puede tener la solidaridad y la educación en la integración de los pueblos indígenas en el mundo moderno; ese mundo indígena está amenazado y por tanto lucha contra tres grandes poderes, los terratenientes, el ejército y el gobierno.

Ellos, sus padres y los padres de sus padres, fueron pastores de una hacienda más grande que Umay, al otro lado del pueblo vecino, a dos o tres días de camino desde él o quizás más. La hacienda tenía punas muy altas, muy solas, y las mujer de Doroteo, Valencio y ella, nacieron en esas jalcas, dentro de una casucha de piedra o en pleno campo, y crecieron viendo que sus padres pasteaban ovejas. Cada doce, cada catorce lunas, llegaba un caporal con dos o tres indios a contar las ovejas y llevando sal para el ganado y para ellos. Su padre cultivaba una chacra de papas y ellos sólo comían papas con sal. Las conservaban en unos hoyos cavados en las laderas. Si de la cuenta resultaba que faltaban ovejas porque se las comía el lobo o por cualquier causa, el caporal las apuntaba en su libreta como «daño». Hasta si las mataba el rayo era considerado como daño. Su padre, de ese modo, tenía una deuda que jamás podía pagar. Trabajaba año tras año, como habían trabajado sus antecesores, y nunca se desquitaba. Los aumentos eran apuntados solamente a favor de la hacienda. No siempre podían descansar en la casucha de piedra. El caporal solía decir: «Váyanse a pastear por otro lao, lejos; pastear no es dar vueltas en un mismo sitio». Entonces tenían que irse por las cumbres desoladas y dormir en cavernas o en esas cónicas e improvisadas chozas de paja que parecían hongos de la puna. Así pues, se acostumbraron a no sentir el frío y por otra parte su pobreza no les permitía usar mucha ropa, pese a que la madre hilaba y tejía todo lo posible; eran cinco, pues, y apenas les daban unos cuantos vellones en el tiempo de la trasquila. También hablaban poco porque ya se sabían sus faenas y su desgracia, y fuera del caporal y los contadores, no llegaban casi nunca forasteros. A veces, a la distancia aparecía algún rebaño. A veces, muy de tarde en tarde, un jinete cruzaba la puna, al galope, como huyendo del frío y la soledad. Así, ellos eran, pues, silenciosos. En una ocasión rarísima, pasó, acompañado de varias gentes, un cura. El padre lo llamó a gritos: «taita cura, taita cura», para que bautizara a sus hijos. Acudió el cura con su comitiva, pero después de desmontar se encontraron con que los muchachos ya no estaban a la vista. Salvajes, vergonzosos, habían corrido a esconderse entre unos pedrones superpuestos que formaban una especie de guarida de zorros. Los llamaron y no quisieron salir y ni siquiera responder. Entonces el sacerdote rezó y dijo sus latines sobre las piedras, rodeado de sus acompañantes y los avergonzados padres, terminando por echar el agua bendita y la sal por entre los intersticios de las rocas.

Para evitar que se comieran las ovejas, el caporal propinaba al jefe de los pastores diez chilotazos por cada animal que faltara. Cuando se perdían muchas, ya no llevaba la cuenta, sino que golpeaba hasta cansarse... Pero sucedía que, en ciertos años, las papas escaseaban debido a que la cosecha no fue buena o porque se pudrían o brotaban en los hoyos. Entonces tenían hambre y el padre mataba un carnero diciendo: «Aguantaré los látigos; pobres mis hijitos». Sabían cuándo debía llegar el caporal, pues el padre, por cada luna, depositaba un pedrusco en cierto lugar y así iba midiendo el tiempo. A los doce o catorce pedruscos llegaba el caporal. Después de la cuenta de las ovejas, si es que faltaban, el caporal se ponía a regañar criando cólera: «Conque el rayo, conque la helada, conque el

zorro, ¿no? Sabidazo, ladronazo, te las comes y todavía mientes. Ven, ven acá a purgar, tu falta». Desamarraba un chicote de cuero que tenía sujeto al basto trasero de la montura y hacía que el pastor se arrodillara. En esa gran altura, desde la cual se miraba hacia abajo los horizontes, el látigo parecía subir al cielo para dar vuelta entre las nubes o rozando la comba azul y caer en las espaldas del padre. Este, a cada golpe, gemía sordamente. A veces rodaba sin sentido. La espalda quedaba convertida en una mancha cárdena que se prolongaba en vetas moradas hacia los flancos. Cuando se iba el caporal, la mujer le sobaba con yerbas. Y así, año tras año. De generación en generación, de padres a hijos, a lo largo del tiempo, los pastores heredaban la obligación, la miseria, el látigo, la inacabable deuda. ¿Huir? Lo hicieron en otro tiempo algunos, pero el hacendado los persiguió hasta encontrarlos. ¡Para qué hablar de su martirio! Los pastores se endurecieron, pues, en la orfandad y en el silencio, llorando para adentro sus lágrimas. Un día murió el padre y lo enterraron en cualquier rincón de la puna. Su mujer no tardó en seguirlo. Los hijos heredaron, como de costumbre, la deuda.

Un día subió el caporal, pero no a contar las ovejas sino a llevarse a la que ahora era mujer de Doroteo Quispe, es decir, a la Paula: la señorita hija del hacendado iba a establecerse a la capital de la provincia y necesitaba una sirvienta. Valencio y Casiana, que eran muy mozos, se sintieron abandonados en la inmensidad de la puna. ¿Pero qué iban a hacer? ¿A quién clamar pidiendo ayuda? Bregaron, pues. Lucharon entre la abrupta hostilidad de las rocas y el silbido lúgubre de los pajonales, bajo crudas tormentas. A su tiempo arribó el caporal acompañado de tres indios, a contar las ovejas. Faltaban muchas. Valencio entendió que había llegado su turno y se arrodilló para recibir los látigos. Mas quién sabe lo que ocurrió en el pecho del flagelado. De seguro el dolor, acumulado durante años y años, años y años, se rebasó. Y Valencio irguióse dando un grito salvaje y blandiendo el cuchillo que los pastores empleaban para despellejar las ovejas muertas por el rayo. El caporal, que estaba desarmado y no esperaba semejante reacción, corrió hacia su caballo y montó, partiendo al galope cerros abajo. Los indios acompañantes se quedaron mirando a Valencio, atónitos. El pastor, cuchillo en alto, se abalanzó gritando: «¡Malditos!, ¡adulones!, ¡esclavos!», por lo que los indios corrieron también, pero, no teniendo cabalgaduras, desaparecieron entre un crujir de pedruscos y un choclear de ojetas, como galgas, por las pendientes. Valencio les tiró piedras con su honda. Después mató dos ovejas y se comió una con Casiana y guardó la otra en su alforja. Por último, envolvió su calzón de remuda y la frazada con que dormía y habló: «Me voy. Vendrán muchos a querer pegarme». Casiana le rogó que la llevara, pero él negóse diciendo que no sabía a dónde dirigirse ni qué vida iba a pasar. Partió, pues, solo, sin tomar ninguna dirección precisa. Avanzó y avanzó cerros allá, por los desfiladeros, por las cumbres... Al día siguiente, muy de madrugada, aparecieron el caporal y otro empleado de la hacienda armados de carabinas. Para evitar que fugara, habían planeado sorprender a Valencio durmiendo. Tuvieron que contentarse con lanzar amenazas y juramentos. A los pocos días, llegó de nuevo el mal hombre con dos indios pastores, marido, y mujer, a quienes hizo entrega del rebaño. Procedían de otro lado de la hacienda y tenían una vieja deuda. Casiana, pagando la suya, les ayudaría. A ella le dijo: «No te animes a seguir el ejemplo del Valencio. Lo estamos buscando y caerá... ¡Y el día que caiga, le sacaré el pellejo a latigazos!».

Alegría, Ciro, *El mundo es ancho y ajeno*, en *Novelas completas*, Madrid, Aguilar, 1968, pp. 502-505

01 Alegría, Ciro: *El mundo es ancho y ajeno* (1941)

Alegría, Ciro

(Huamachuco, Perú, 1909-Lima 1967) novelista, cuentista y político peruano. Perteneció en un primer momento al partido APRA, del que se separó antes de salir elegido diputado en 1957, tras dieciséis años de exilio por varios países de América. En su obra narrativa destacan las novelas *La serpiente de oro* (1935), *Los perros hambrientos* (1938) y *El mundo es ancho y ajeno* (1941), y el libro de cuentos *Duelo de caballeros* (1963). El texto elegido pertenece a su obra maestra, *El mundo es ancho y ajeno*. Es una novela río, en la que trata de ver entre otras cosas el papel que puede tener la solidaridad y la educación en la integración de los pueblos indígenas en el mundo moderno; ese mundo indígena está amenazado y por tanto lucha contra tres grandes poderes, los terratenientes, el ejército y el gobierno.

Ellos, sus padres y los padres de sus padres, fueron pastores de una hacienda más grande que Umay, al otro lado del pueblo vecino, a dos o tres días de camino desde él o quizás más. La hacienda tenía punas muy altas, muy solas, y las mujeres de Doroteo, Valencio y ella, nacieron en esas jalcas, dentro de una casucha de piedra o en pleno campo, y crecieron viendo que sus padres pastaban ovejas. Cada doce, cada catorce lunas, llegaba un caporal con dos o tres indios a contar las ovejas y llevando sal para el ganado y para ellos. Su padre cultivaba una chacra de papas y ellos sólo comían papas con sal. Las conservaban en unos hoyos cavados en las laderas. Si de la cuenta resultaba que faltaban ovejas porque se las comía el lobo o por cualquier causa, el caporal las apuntaba en su libreta como «daño». Hasta si las mataba el rayo era considerado como daño. Su padre, de ese modo, tenía una deuda que jamás podía pagar. Trabajaba año tras año, como habían trabajado sus antecesores, y nunca se desquitaba. Los aumentos eran apuntados solamente a favor de la hacienda. No siempre podían descansar en la casucha de piedra. El caporal solía decir: «Vayanse a pastear por otro lado, lejos; pastear no es dar vueltas en un mismo sitio». Entonces tenían que irse por las cumbres desoladas y dormir en cavernas o en esas cónicas e improvisadas chozas de paja que parecían hongos de la puna. Así pues, se acostumbraron a no sentir el frío y por otra parte su pobreza no les permitía usar mucha ropa, pese a que la madre hilaba y tejía todo lo posible; eran cinco, pues, y apenas les daban unos cuantos vellones en el tiempo de la traspunta. También hablaban poco porque ya se sabían sus faenas y su desgracia, y fuera del caporal y los contadores, no llegaban casi nunca forasteros. A veces, a la distancia aparecía algún rebaño. A veces, muy de tarde en tarde, un jinete cruzaba la puna, al galope, como huyendo del frío y la soledad. Así, ellos eran, pues, silenciosos. En una ocasión rarísima, pasó, acompañado de varias gentes, un cura. El padre lo llamó a gritos: «taita cura, taita cura», para que bautizara a sus hijos. Acudió el cura con su comitiva, pero después de desmontar se encontraron con que los muchachos ya no estaban a la vista. Salvajes, vergonzosos, habían corrido a esconderse entre unos pedrones superpuestos que formaban una especie de guarida de zorros. Los llamaron y no quisieron salir y ni siquiera responder. Entonces el sacerdote rezó y dijo sus latines sobre las piedras, rodeado de sus acompañantes y los avergonzados padres, terminando por echar el agua bendita y la sal por entre los intersticios de las rocas.

Para evitar que se comieran las ovejas, el caporal propinaba al jefe de los pastores diez chicotazos por cada animal que faltara. Cuando se perdían muchas, ya no llevaba la cuenta, sino que golpeaba hasta cansarse... Pero sucedía que, en ciertos años, las papas escaseaban debido a que la cosecha no fue buena o porque se pudrían o brotaban en los hoyos. Entonces tenían hambre y el padre mataba un carnero diciendo: «Aguantaré los látigos; pobres mis hijitos». Sabían cuándo debía llegar el caporal, pues el padre, por cada luna, depositaba un pedrusco en cierto lugar y así iba midiendo el tiempo. A los doce o catorce pedruscos llegaba el caporal. Después de la cuenta de las ovejas, si es que faltaban, el caporal se ponía a regañar criando cólera: «Conque el rayo, conque la helada, conque el

zorro, ¿no? Sabidazo, ladronazo, te las comes y todavía mientes. Ven, ven acá a purgar, tu falta». Desamarraba un chicote de cuero que tenía sujeto al basto trasero de la montura y hacía que el pastor se arrodillara. En esa gran altura, desde la cual se miraba hacia abajo los horizontes, el látigo parecía subir al cielo para dar vuelta entre las nubes o rozando la comba azul y caer en las espaldas del padre. Este, a cada golpe, gemía sordamente. A veces rodaba sin sentido. La espalda quedaba convertida en una mancha cárdena que se prolongaba en vetas moradas hacia los flancos. Cuando se iba el caporal, la mujer le sobaba con yerbas. Y así, año tras año. De generación en generación, de padres a hijos, a lo largo del tiempo, los pastores heredaban la obligación, la miseria, el látigo, la inacabable deuda. ¿Huir? Lo hicieron en otro tiempo algunos, pero el hacendado los persiguió hasta encontrarlos. ¡Para qué hablar de su martirio! Los pastores se endurecieron, pues, en la orfandad y en el silencio, llorando para adentro sus lágrimas. Un día murió el padre y lo enterraron en cualquier rincón de la puna. Su mujer no tardó en seguirlo. Los hijos heredaron, como de costumbre, la deuda.

Un día subió el caporal, pero no a contar las ovejas sino a llevarse a la que ahora era mujer de Doroteo Quispe, es decir, a la Paula: la señorita hija del hacendado iba a establecerse a la capital de la provincia y necesitaba una sirvienta. Valencio y Casiana, que eran muy mozos, se sintieron abandonados en la inmensidad de la puna. ¿Pero qué iban a hacer? ¿A quién clamar pidiendo ayuda? Bregaron, pues. Lucharon entre la abrupta hostilidad de las rocas y el silbido lúgubre de los pajonales, bajo crudas tormentas. A su tiempo arribó el caporal acompañado de tres indios, a contar las ovejas. Faltaban muchas. Valencio entendió que había llegado su turno y se arrodilló para recibir los látigos. Mas quién sabe lo que ocurrió en el pecho del flagelado. De seguro el dolor, acumulado durante años y años, años y años, se rebasó. Y Valencio irguióse dando un grito salvaje y blandiendo el cuchillo que los pastores empleaban para despellear las ovejas muertas por el rayo. El caporal, que estaba desarmado y no esperaba semejante reacción, corrió hacia su caballo y montó, partiendo al galope cerros abajo. Los indios acompañantes se quedaron mirando a Valencio, atónitos. El pastor, cuchillo en alto, se abalanzó gritando: «¡Malditos!, ¡adulones!, ¡esclavos!», por lo que los indios corrieron también, pero, no teniendo cabalgaduras, desaparecieron entre un crujir de pedruscos y un choclear de ojotas, como galgas, por las pendientes. Valencio les tiró piedras con su honda. Después mató dos ovejas y se comió una con Casiana y guardó la otra en su alforja. Por último, envolvió su calzón de remuda y la frazada con que dormía y habló: «Me voy. Vendrán muchos a querer pegarme». Casiana le rogó que la llevara, pero él negóse diciendo que no sabía a dónde dirigirse ni qué vida iba a pasar. Partió, pues, solo, sin tomar ninguna dirección precisa. Avanzó y avanzó cerros allá, por los desfiladeros, por las cumbres... Al día siguiente, muy de madrugada, aparecieron el caporal y otro empleado de la hacienda armados de carabinas. Para evitar que fugara, habían planeado sorprender a Valencio durmiendo. Tuvieron que contentarse con lanzar amenazas y juramentos. A los pocos días, llegó de nuevo el mal hombre con dos indios pastores, marido, y mujer, a quienes hizo entrega del rebaño. Procedían de otro lado de la hacienda y tenían una vieja deuda. Casiana, pagando la suya, les ayudaría. A ella le dijo: «No te animes a seguir el ejemplo del Valencio. Lo estamos buscando y caerá... ¡Y el día que caiga, le sacaré el pellejo a latigazos!».

Alegría, Ciro, *El mundo es ancho y ajeno*, en *Novelas completas*, Madrid, Aguilar, 1968, pp. 502-505